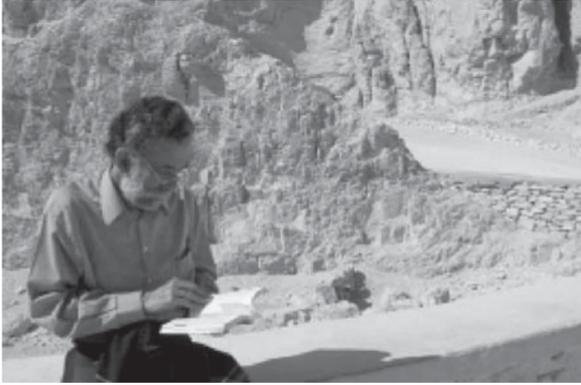


TRADUCCIÓN



JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

مَنْ يَوْسُفُ لُوَيْسُ لُوَيْزُ حَبِيبُ؟

(1951-2008)

Yusuf Habib nació en Juchitán, Oaxaca, el 28 de septiembre de 1951. Ahí vivió hasta que se trasladó a la Ciudad de México para estudiar la preparatoria. Su increíble aspecto árabe y su predilección por esa cultura los debe a su ascendencia libanesa.

Siempre apasionado por la literatura, estudió Letras Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México (1969-1974), y después cursó estudios de maestría en Medio Oriente en El Colegio de México.

En su empeño por conocer el mundo aprendió muchas lenguas: griego, árabe, chino, italiano, portugués, francés e inglés. Recorrió diferentes países, mostrando una gran preferencia por el Medio Oriente.

Egipto fue el país que siempre ocupó un lugar privilegiado en su corazón. Estudió lengua árabe en la Universidad Americana de El Cairo, donde también se desempeñó como agregado cultural en la Embajada de México en Egipto (1990-1993). Posteriormente profundizó su conocimiento de dicha lengua en el Instituto Francés de Estudios del Medio Oriente, en Damasco, Siria (1994).

Como profesor especializado en la enseñanza de español para extranjeros publicó el *Manual de español para extranjeros* (Conacyt, 1994). Dentro de ese mismo ámbito, en la década de los ochenta fue profesor de español en la Universidad de Lenguas Extranjeras de Guanzhou, China.

Durante más de veinte años se desempeñó como profesor de lengua árabe en la Universidad Autónoma de México y en El Colegio de México.

Realizó numerosas traducciones árabe-español-francés y viceversa. Especialmente era solicitado por la ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) como intérprete-traductor, labor que siempre llevó a cabo de manera altruista y solidaria, identificándose emotivamente con la problemática de los refugiados áraboparlantes.

Escribió artículos y dictó conferencias sobre diferentes temas relacionados con las culturas árabe y persa.

Diseñó diversos materiales para la enseñanza de la lengua árabe, tanto escritos como en video.

Al momento de su fallecimiento terminaba el Manual de Traducción Árabe-Español, con textos de la prensa, que será publicado próximamente por El Colegio de México.

Su contribución para el entendimiento entre México y el mundo árabe fue siempre muy reconocida en los ámbitos académico, cultural y diplomático.

Sus dotes como calígrafo, conferencista y contador de cuentos siempre fueron admiradas y aplaudidas tanto por sus colegas como por sus alumnos, quienes encontraron en él un maestro, un guía y un entrañable amigo.

Tenía un gran sentido del humor y una personalidad magnética, que aunados a su vasta cultura le hicieron ganar numerosos amigos en todo el mundo. Descanse en paz amigo.



A continuación presentamos tres cuentos egipcios, que fueron traducidos por el Prof. López Habib en 1998 con la colaboración de Carmelina Ramírez, entonces profesora asistente de lengua árabe. Diez años después y apenas unos pocos meses antes de su muerte, el Prof. López Habib revisó éstas y otras traducciones, con la finalidad de integrar una antología de cuentos, que será publicada próximamente.

EL MERCADO DEL MARTES

Autor

JALED ES-SAWI

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

El Colegio de México

CARMELINA RAMÍREZ

Centro de Estudios de África y Medio Oriente

La Habana, Cuba

El martes en la mañana va al mercado a comprar cualquier cosa. Busca algo que le haga decir “esto es lo que estaba buscando... por fin lo encontré”.

La mañana de los martes, el mercado se colma de gente y suele ser desagradable. Se respiran olores putrefactos. La gente aparece en disonancia con las voces, los colores y el movimiento. Busca, recorre con la mirada los aparadores de las tiendas, los negocios, los kioscos, los carritos de los vendedores ambulantes, las cajas donde juegan los bebés de los comerciantes; no encuentra lo que busca, no encuentra lo que reclama tener. Se detiene frente al vendedor de bebidas alcohólicas, la tienda tiene un cartel con letras grandes, las vitrinas empolvadas muestran rodajas de pasterma. Piensa comprar una botella de brandy. Se palpa el bolsillo lleno (la noche anterior recibió el salario del mes. Por esto pierde la felicidad del mes. Por esta plenitud soporta la rutina durante todo un mes). Piensa comprar una botella de whisky pero cambia de opinión, busca y sigue buscando. Una caravana de muchachas pasa junto a él obligándolo a desviar la mirada hacia ellas. Las muchachas están encadenadas del cuello, de las muñecas y de los tobillos. Encabezan la larga cadena una mujer de cabellos dorados y otra de piel oscura, encadenadas también. El mercado se tranquiliza un poco. La gente observa detenidamente la larga fila

de mujeres. Han puesto una mesa grande de madera. Las muchachas suben al improvisado escenario ayudadas por el vendedor: atractivo, delgado, de bigote dibujado y voz melodiosa. Las presenta una por una. Toma el micrófono para iniciar la sesión de venta. Lentamente se les acerca. La gente reflexiona y vuelve a armar escándalo porque, una vez más, no hay consenso. Voces masculinas se alzan e invaden toda la plaza. El delgado y atractivo joven toma el micrófono para iniciar la promoción de su mercancía proveniente de las Filipinas, Siria y Turquía; las europeas tienen precios elevados, las americanas son singulares y las africanas de bajo precio.

Se acerca al escenario con paso lento... perezoso. En aquel momento el vendedor reclama la atención de los asistentes: en sus manos están las respuestas a cualquier pregunta. Como siempre, propone la mercancía de tal manera que resulta difícil rechazarla. El vendedor le pregunta inesperadamente:

—¿Cómo la prefiere, señor?

Le contesta con una disculpa:

—Tú no tienes lo que yo busco.

El vendedor, de manera atractiva y astuta, reitera la pregunta:

—Entonces, ¿cómo la prefiere?

Él repite su respuesta:

—Tú no la tienes.

El vendedor le sonríe ampliamente:

—Si no estuviera convencido de lo que tengo, entonces para qué ha venido al mercado; si usted no confía en que yo tengo lo que desea, entonces por qué se queda ahí parado. Espere de mí una confirmación: yo le garantizo que tengo lo que usted desea.

Entonces le dice inesperadamente:

—La quiero diabólicamente bella, con garras por uñas, el cabello revuelto, y con una figura intensa y ardiente; no la quiero pura ni habladora, la quiero muda.

Por un momento la muchedumbre guarda silencio hasta que el atractivo vendedor se sonríe simple y tranquilamente.

—Sepa usted que la tengo... oscura hasta la embriaguez, ni alta ni baja sino de una talla muy apropiada... la cintura redon-

da... ésa es ella... sin nombre, y usted puede ponerle el que quiera.

La contempla. Es la encarnación de su sueño. La gente aplaude con vehemencia. El diestro vendedor, que se había inclinado ante ellos, se levanta rápidamente, coge la caja y coloca a la salvaje mujer muda en su interior. Le entrega el instructivo de operación, mantenimiento y alimentación, y de cómo hacerle el amor. Agradecido le da la caja. Él la toma sin sonreírse; su cara refleja tranquilidad. Siente que es precisamente lo que había buscado, y se aleja satisfecho.

Ya en su habitación, saca a la mujer de la caja y vuelve a armarla. Descubre que tiene un pecho suplementario, con una pequeña identificación. Es un pecho tranquilo que porta una tarjeta del vendedor con su número telefónico y su dirección. Lo llena de agua, le pone flores blancas y lo cuelga de un perchero que luego coloca cerca de su ventana metálica.

Regresa con la mujer y al abrazarla descubre que palpita. Percibe su respiración, siente su cuerpo caliente. No hablan. Su pulso aumenta. Ella lo abraza...

Al final de la noche le quita las extremidades, la dobla y vuelve a meterla en la caja.

Por la mañana se levanta... se prepara para ir al trabajo... recomienza la rutina.

Se abotona la camisa desde el último botón, se ajusta la corbata al cuello; frente a él pasan con tazas de café, observa las colillas de cigarros arrojadas sobre los asientos fríos del café, los dedos de las secretarías asomando de las sucias chanclas, a la secretaria embarazada que le corre el sudor por la frente, las hojas atadas con un nudo... termina por quitarse la corbata, enrollarla y ponerla en el bolsillo derecho de su saco, cierra el cajón vacío del escritorio y se marcha a la hora de la salida.

Regresa a casa, la saca de la caja, la aparta, la vuelve a armar, la abraza... su pulso en ese momento deja de latir, la abraza aún más, se para y la coloca en la caja.

Va al trabajo... regresa a casa, abre la caja, su pulso se va apagando cada vez más, camina de un lado para otro, abre, calla, la abraza, la coloca, calla, calla, calla.

Tras un periodo impreciso...

Saca sus órganos, que emiten sonidos molestos, ruidosos.

Lee el instructivo... la llena de aceite... el fastidioso chirrido aumenta, comprueba que ella se oxidó... se levanta... la carga... y termina por ponerla en el bote de la basura... luego regresa a su cama, todos sus órganos emiten el ruidoso chirrido.

Se queda inmóvil hasta el amanecer, hasta que una capa de óxido herrumbroso lo cubre completamente.

En la ventana metálica están las flores blancas puestas en la húmeda fosa. Necesitaban alguien que las regara. Claramente se ve que pedían agua. ❖

EL CHEIKH KUF¹

Autor

JALED ES-SAWI

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

El Colegio de México

CARMELINA RAMÍREZ

Centro de Estudios de África y Medio Oriente

La Habana, Cuba

Ni era Cheikh ni tenía una canasta, aunque todos en el barrio lo llamábamos Cheikh Kufa. No lo llamábamos así por burla, enfado o desdén. Cuando hablábamos con él o lo mencionábamos, no sentíamos que en el nombre hubiera algo extraño.

No creo que nadie entre sus amigos supiera por qué le habían puesto este nombre, ni cuál era su verdadero nombre, incluso el policía lo saludaba con mucha naturalidad y jamás se le ocurrió pensar, o preguntar cuál era el nombre que le habían puestos sus padres.

Éra perfumista y vendedor al mismo tiempo. En su tienda, pese a su reducido espacio, se encontraba todo lo que los vecinos necesitaban y que no había en otras tiendas. Esta tienda se parecía a un panal donde se congregaba una mezcla abigarrada de las criaturas de Dios.

El hombre sabía leer y escribir, pero nunca mejoró sus conocimientos. Había memorizado el Corán y sabía palabras del turco y de una u otra de las lenguas de la India. El turco lo aprendió de los Agat que vivieron en el barrio. El hindú lo aprendió de los soldados que sirvieron en los días de la gran guerra cerca de su tienda. Andaban alrededor de él, lo escuchaban y le compraban todo lo que les hacía falta. Así fructificó el amor de ellos hacia él, y con el tiempo se fue incrementando. Él les infundió el espíritu de la fascinación y la rebelión.

¹ Kufa en árabe: canasta.

La autoridad militar lo detuvo y lo encerró durante varios días sin interrogatorio ni investigación. Después, uno de los oficiales lo llamó y lo interrogó con la ayuda de un traductor. El Cheikh Kufa se hizo el tonto.

El oficial preguntó: ¿Conoces al Cheikh Chawich?

El Cheikh Kufa respondió: ¿Dónde está su tienda?

El oficial repitió la pregunta: ¿Conoces al Cheikh Chawich?

Contesta sí o no.

Entonces, el Cheikh dijo: Llevo treinta años comerciando productos de perfumería y todo lo referente a este comercio, pero no he oído hablar acerca de este comerciante. ¿Dónde está su tienda? Díganmelo, para recordarlo si lo olvidé.

El oficial se impacientó un poco y volvió a preguntar: ¿Conoces a Farid Bey?

El Cheikh Kufa sorprendido agitó las manos y dijo: Entonces ése era el extraño, ¿y desde cuándo llaman a esos comerciantes? Ya les dije que desde hace treinta años soy perfumista y que en El Cairo no había comerciante pequeño o grande a quien no conociera o que no me conociera. ¿Dónde están las tiendas de éstos? Díganme dónde. Si ellos vendieran más barato que yo, entonces estaría dispuesto a entregarles toda mi mercancía. Continuó así hasta que el investigador se desesperó. Estaba seguro de que el hombre se hacía pasar por tonto y lo dejó libre.

Yo no recuerdo haber visto al Cheikh Kufa vistiendo otra ropa que no fuera una *galabiya*. Todas sus *galabiyas* tenían colores semejantes. Incluso se llegó a pensar que tenía una sola y por eso nadie se explicaba cómo siempre la llevaba limpia. En los pies no se ponía nada que no fueran los chanclos de madera. Su cabeza, tanto en verano como en invierno, la llevaba descubierta.

Tenía un burro pequeño, muy flaco, que empleaba para moler café. En sus ratos libres el Cheikh Kufa se entretenía enseñando al burro a rebuznar. Para nuestro amigo, el Cheikh Kufa, no había nada que lo entretuviera más que el burro, el cual lo obedecía, iba y venía estirando el cuello y echando las orejas hacia atrás. Alzaba la voz con un rebuzno cada vez que el Cheikh lo llamaba o le ordenaba. Sin embargo, nuestro amigo era un músico de oídos sensibles. Era evidente que no le

gustaba cómo rebuznaba su burro y por eso lo golpeaba y le gritaba:

—¡No es así, bruto! Escucha: ji, ja.

Después de emitir un fuerte rebuzno decía:

—Es así como tiene que salir. Ahora, empecemos de nuevo, ¿de acuerdo?

El burro vuelta al rebuzno, el Cheikh vuelta al enfado y a su crítica convencido de que el burro era “desafinado”.

Íbamos a ver al Cheikh y desde lejos oíamos al burro. Pensábamos que era el Cheikh Kufa que lo imitaba o le enseñaba, o quizá era al Cheikh Kufa a quien oíamos y lo confundíamos con el burro. No podíamos distinguir entre el original y la copia. Nuestro amigo era excelente imitando las voces de los animales y de las aves. Un amigo me contó: “Una vez nos habían invitado —al Cheikh Kufa y a mí— a una boda”. Acordamos encontrarnos después de la oración vespertina para salir.

La casa estaba en un barrio que no conocíamos y nos perdimos. Decidimos preguntar a alguien. Nos encontramos a mitad del camino con un hombre que estaba parado debajo de un farol, apoyado contra la columna. Nos acercamos a él y le preguntamos: “Por favor, ¿usted sabe dónde se está celebrando la boda de fulano?” El hombre desafortunadamente estaba borracho. Pensó que éramos intrusos que pediríamos comida en la boda porque estábamos hambrientos. No nos llevó al lugar y comenzó a reírse con nosotros y a gastarnos bromas pesadas. Me preocupé por sus groserías pero el Cheikh Kufa me recomendó paciencia y se quedó tranquilo ante sus insultantes bromas, soportó su escándalo y siguió riendo. El Cheikh lo sorprendió con un ladrido de perro, el pobre se asustó, voló el alcohol de la cabeza, recuperó la conciencia y salió disparado como si tras él fueran mil demonios.

El Cheikh Kufa tenía un hijo de doce años, el único que le quedaba de los más de diez que había traído al mundo, y que la muerte se llevó de uno en uno. Finalmente el destino quiso que este joven alcanzara a sus hermanos y lo llevó por el camino de ellos. Escuchamos su pena y decidimos ir a darle las condolencias. Fuimos en la tarde del día del entierro del joven. Pensábamos que encontraríamos un velatorio o algo parecido para el recibimiento de los dolientes, pero encontramos al Cheikh

Kufa parado en su tienda, con la cabeza descubierta como era su costumbre. En su cara nada indicaba que hubiera perdido a su décimo u oncenno hijo en la mañana de ese día. Nos sorprendimos y nos dijimos: "Por Dios que el hombre es el mejor, si el funeral de su propio hijo no le afecta". Nos acercamos a él, le estrechamos la mano, le dimos el pésame. Nos brindó asiento y nos ofreció café. Luego se sentó cerca de nosotros en un banco sosteniendo en su mano derecha una taza con café y dijo con tono serio: "¿Conocen a los desdichados?"

Nos miró uno por uno. Ninguno entendía a qué se refería con eso de desdichados. Nuestras lenguas enmudecieron. Nos sentimos en una situación incómoda, pero él no esperó nuestras respuestas. Luego rió de manera astuta ocultando su intención —estaba junto a nosotros—, de la taza cayeron gotas de café, estiró el brazo para no mancharse la ropa y dijo: "Salimos con el niño". Al frente iban esos beatucos a quienes no se les puede entender lo que dicen. Por eso los llamamos infelices, desdichados. Cuando se levanta el féretro en el entierro murmuran cosas incomprensibles. Acaso nunca se subieron a un tren; cuando sale de la estación avanza lentamente. Cuando la estación ya queda atrás va aumentando poco a poco su velocidad y se sigue de frente. Lo mismo hacían los desdichados. Al principio comenzaron a caminar lentamente, luego se escuchaba esa voz tranquila que balbuceaba cosas cuando llegamos al camino asfaltado, apresuraron el paso y sus gargantas los iban imitando. Él nos contaba esta historia, imitando al grupo con el canto. Movía sus brazos como si moviera el brazo de la locomotora. No sabíamos qué hacer, acaso reírnos. La imagen del hombre provocaba una sonrisa. Sus movimientos y sus ruidos lo sacaban a uno de la solemnidad y el respeto, sin embargo la gravedad de la situación no nos permitía reírnos y no era él un hombre retraído ni odioso. Ciertamente lo conocíamos y no nos ocultaba que fingía paciencia y fortaleza, ¿o soportábamos sus chistes insensibles?

Este hombre está preparado para el silencio de la tristeza, la cual soporta bromeando o evita intensamente. Al final no encontramos ningún vecino, le deseamos todo lo que uno desea para sí. Nosotros no pertenecíamos a aquel vecindario. Fue él quien nos introdujo, no nos mostró otro camino que

no fuera la diversión. Después salimos, durante el camino permanecimos callados. No podíamos explicarnos esa sagacidad. Ésta fue mi lección: su destreza. Después me quedé satisfecho y cada vez que sentía preocupación por algo que me hacía sentir débil, recordaba al Cheikh Kufa, recordaba su imagen el día del entierro, recordaba a su hijo y alejaba de mí la debilidad.

El Cheikh Kufa nunca había leído un libro, tampoco le importaba la lectura, ni el estudio, pero tenía alma de escritor y sentía simpatía hacia ambos. Por eso le interesaban los escritores y literatos. Nunca hablaba de literatura, filosofía o algo parecido; pero el hombre se sentía atraído por los escritores y se interesaba por ellos.

Probablemente era una tonada tradicional que cantaba con diferentes ritmos. Un día salí con el grupo de los que acostumbraban visitarlo. Se dirigieron a los jardines del Palacio de Ubba. Entre ellos había uno de vista débil, gordo y muy pretencioso. Cuando iban hacia el jardín esperaban que les hablara sobre el Canal de Suez. Se puso a echar una perorata. Poco a poco se fue quedando solo. Durante largo rato estuvo diciendo tonterías y no se dio cuenta de que se había quedado solo hasta que un transeúnte se rió. Enfureció, quiso regresar, pero el Cheikh Kufa no paró de hablar sobre lo mismo hasta que lo contentó. Volvió a su discurso, sus compañeros volvieron a dejarlo solo. A nuestro amigo le asaltó la duda, avanzó varios pasos como si el lugar estuviera desierto. Su cólera aumentó, al igual que el rencor hacia sus compañeros. No le interesaba el encantamiento del Cheikh. De regreso tomaron el trolebús. El Cheikh Kufa se sentó al lado de él en un asiento solo, el resto de los compañeros se sentó en otros asientos una vez que le pagaron al cobrador. Entonces el Cheikh volvió a levantar la voz entonando una canción improvisada:

“Oh mi puerco, oh oh mi puerco”, como si estuviera cantando la canción del pájaro.

Así continuó. Nuestro amigo prácticamente olvidó su enojo, si hubiera podido hubiera saltado del trolebús. Cuando llegaron a la última parada, descendieron. Nuestro amigo continuaba enojado. Golpeó al Cheikh, quien soportó estoicamente hasta que el hombre logró sacar todo lo que tenía en su inte-

rior y alivió su alma de la cólera retenida. Luego se volteó hacia él y dijo:

—¿Por qué me reprimes y me golpeas? ¿Acaso te crees mejor que yo? Te consideras más fuerte que yo. Te crees que tienes mejor vista que yo o que yo soy más ciego que tú.

Continuó mostrándole diferentes aspectos de la increíble comparación hasta que nuestro amigo lo hizo reír. Nuevamente apareció en su rostro la afabilidad. Hace unos días recordé al Cheikh Kufa. Pasé por donde estaba su tienda, no lo vi, no encontré de él ni el rastro. Regresé triste, sin saber si seguía vivo o si se lo habían llevado los “desdichados”. Pero me imagino que no le importa cómo ni dónde está. ❖

LAS HUELLAS EN LAS MIRADAS

Autor

ALA EL-DIB

Colección: Los niños sin lágrimas

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

El Colegio de México

CARMELINA RAMÍREZ

Centro de Estudios de África y Medio Oriente

La Habana, Cuba

La vista viene y va sola, no quisiera mirar pero fracaso en el intento, veo un puente viejo de hierro y madera, en la otra acera está la estación del sur. Sube el polvo, la sombra fragmentada de un viejo árbol que se opone a la luz del día.

Durante cuarenta años han acudido a mi cabeza recuerdos incompletos de aquel lugar oscuro, incendiado.

La estación está dividida en dos partes: una abandonada y la otra deteriorada. Hay una ventanilla de boletos, la sombra para la espera, el banco verde de madera, viejas baldosas de colores, los oxidados rieles apilados, los corroídos durmientes, un templo abandonado por tribus en extinción.

La vista viene y va sola después de destrozarme el corazón, dejándome en su lugar un torbellino de viento.

Observo mi cara en un viejo espejo y veo una barba naciente, unos ojos temerosos. No puedo quedarme mucho tiempo en el cuarto de la pensión. Me paro y bajo por los escalones de la amplia y oscura escalera cada vez que el elevador no funciona. Antes del tercer piso me parece que estoy preso en su interior, me esconde del mismo modo que esconde su vidrio, su madera, sus amarres, el polvo y los hilos de telaraña colgando.

Camino aprisa por las calles, persigo a los fugitivos, choco con los límites de esas calles que me tragan y me devuelven a los límites sin límites.

Entro a una cafetería, un restaurante, una miscelánea, compro una botella de vino, un poco de *hashish*. Huyo de nadie. Subo las avenidas, las escaleras, luego bajo a los desolados jardines. Vuelvo al cuarto de la pensión. Veo mi cara en el viejo espejo, la barba naciente, los ojos temerosos, un mismo viejo temor, una misma aridez, una misma desolación, las imágenes queridas, el camino que siguen los tontos. El sábado, sin causa alguna, me convertí en un ser anacrónico, atópico, acaso estoy en Egipto, en El Cairo o en la Universidad de la Ciudad de la Decadencia.

Detrás de esas ventanas y puertas cerradas hay grupos de hombres necios que no me prestan atención ni me temen; los desprecio, si los conozco me pierdo, me gustaría ser como ellos pero no puedo; huyo de ellos y a la vez los espío, los veo como muñecos confeccionados con un relleno de petróleo. Se me entumescen los dientes, si los toco se rompen.

Era una noche extraña y tenebrosa, la recuerdo con miedo. Yo estaba solo, y ¿cuándo no estuve solo? Ella regresará y no podré echarla.

Poco antes de la una y media estaba esperando las últimas noticias de la estación de El Cairo: de repente presentí que se acercaba a mí. Los muros comenzaron a moverse con fuerza. Una nueva crisis cardíaca. Los regalos más importantes del último viaje —a crédito— son mis maletas y mis cosas diseminadas por la habitación. No puedo tomarlas ni ponerlas en su lugar.

Las habitaciones de la pensión tienen puertas de vidrio que dejan pasar una luz opaca; poco después no puedo salir, tampoco pueden entrar, no se escucha una sola voz pero sé que ahí están todos, se confabulan en mi contra, el fuego se extinguirá. Una extraña figura entró para agarrar todo, no era mi dinero su objetivo sino yo mismo. Yo y mis últimas vacaciones en El Cairo. Por qué no me habré quedado en un gran hotel, podría incluso llamar a un médico; quizá algo me obliga a estar inscrito en el círculo de la debilidad, de la pobreza y de la frustración. En realidad no puedo comportarme como los ricos. Encendí todas las luces de la habitación, prendí un cigarro que no fumé, me serví un trago grande de whisky, tomé una

camisa nueva y me la puse a pesar del fuerte olor a sudor, una camisa que iba a regalar y me la quedé. Me puse cualquier cosa en los pies, recogí un poco de dinero, mis llaves y mi pasaporte, me arreglé el pelo con los dedos, abandoné la habitación dejando las luces encendidas. Un instante después me encontraba parado en la amplia escalera, observé el elevador descompuesto y me alejé. El ritmo de mi respiración aumentaba, escuchaba en mis oídos los fuertes latidos del corazón. No había nada nuevo que temer: el doctor con acento pesado me había dicho: “te pasará con frecuencia, aprende a vivir con ella, toma la pastilla cuando sea necesario, lleva la caja en tu bolsillo, tenla en la oficina o junto a la cama”.

Descubrí que realmente podía aprovechar la experiencia adquirida con la pluma, las hojas y como lector del Corán. Soy doctor en Literatura Árabe, aunque no sea bueno redactando. Hice investigaciones, tesis, conferencias y artículos, cualquier cosa menos escribir, que era lo que en realidad me había propuesto. Todo se convirtió en cuentas y táctica, una nueva inversión de tiempo y dinero muy provechosa. En lo que se refiere a la antigua redacción desde hacía mucho tiempo había quedado abandonada, quién puede en estos tiempos determinar la calidad que se le exige a la redacción, la pureza necesita la limpieza y la oración, un vestido blanco y limpio, el cuerpo bañado y el espíritu libre. Demanda fuerza, concentración y trabajo. Hoy, ¿dónde ha quedado todo esto?

Escribo signos mágicos sobre una hoja, sobre la arena o en la cavidad de los ojos. Fue por esto que hice de varias hojas dispersas mi testamento. Algunas de las hojas eran especiales, otras antiguos fascículos del Ministerio de la Ciencia. Estas hojas son mi testamento y debo dedicarles toda mi sabiduría; son mi voz, voz que no reconozco cuando brota de mi garganta metálica y extraña. Curo mi alma, mis nervios y toda mi existencia. Por sobre todo esto amo escribir. Es mi vicio, mi debilidad, mi crimen. Lo que deseo es escribir para autoperdonarme de corazón; si no fuera por estas hojas estaría perdido, ellas me ayudan a soportar mi nueva crisis cardíaca. Todo esto es una locura.

Por las calles del centro de la ciudad no caminaba nadie más que yo. Pensé en buscar un teléfono para llamar a un médico,

a un amigo o a ella, a mi esposa, la profesora Dra. Sana Farag. Pero ella no está en El Cairo. Los conocidos y los amigos escapan de mi memoria como partículas de aire. Quiero quedarme solo. Lucho contra esta noche o es ella quien me ataca. ¡Qué hermosas son las noches de El Cairo cuando sus calles están vacías! Sus calles son encantadoras, en sus casas se siente buen sabor y aroma.

En la amplia calle percibo que el ritmo de mi respiración vuelve a ser normal, se restablece el ritmo cardiaco. Veo el blanco uniforme de un militar, su arma. Está dormido. Debe tener por lo menos un pequeño apartamento, o una habitación, cinco hijos. Su sueldo no excede las cien guineas. Su mujer tiene una pieza de oro y los hijos ropa nueva; comen arroz, guisado y carne. Está en su casa satisfecho, con los calzoncillos limpios.

Doctor, me he convertido en un extraño solitario, el doctor Munir Andel Hamid, sabio maestro de Literatura Árabe en la eminente Universidad de la Ciudad del Crepúsculo. No eres nada más que una gata perdida que corre durante la noche por las calles del centro de El Cairo, con una bolsa grande con dinero en la boca. Apresúrate... apresúrate. Llegarás pero no podrás pasar por la rendija de la puerta, ni podrás llegar hasta la habitación del oficial donde duermen los hijos.

En la pequeña cafetería que encontré abierta en Bab el Luk ordené alhova con leche, narguile y un poco de tabaco. El piso de la cafetería estaba limpio, aplanado con aserrín de madera verde. Había un señor de mediana edad que gritaba y un joven drogado, se escuchaba el crepitar del fuego y una radionovela a la que nadie prestaba atención.

El camarero me observó después de servir la mesa. Es probable que me recordara, que me estuviera analizando, o que yo lo recordara. De todas formas qué importa eso ahora. Había algo en los rasgos del viejo, que se resistía contra el sueño, que me recordaba a mi padre. Me parece que no volveré a verlo, ha perdido la vista y no puede verme. Este peligro revivió en mí cierta satisfacción. La alhova estaba un poco cargada y tenía mucha azúcar.

Tus ojos continúan fijos en mí sin verme. Cómo me gustaría tener una nueva apariencia, por qué no me habré quitado es-

ta camisa y el pantalón y me habré puesto una abaya nueva de las que tengo en la maleta, la café por ejemplo, que tiene dos bolsillos en el pecho, uno grande y otro ancho, y llamativos dibujos en los bordes. Me satisface tocar su tela barata, es como si este viejo traje ordinario hubiera sido un regalo de Um Essam.

Froté mis pies, observé los dedos desnudos en las sandalias de piel. Desde hacía mucho tiempo no sentía en mi interior ese penetrante silencio, como si los problemas se hubieran acabado y mi lucha hubiera terminado.

Cuando llegó el camarero a retirar las copas y cambió el carbón, pedí otra alhova y volví a recordar la estación de trenes de mi ciudad, Kafer Esh-shaug, en Minya, que vuelve a ocupar un lugar importante en mis confusos sueños. El puente, como siempre, está en el centro de la escena, la sombra fragmentada del viejo árbol que se interpone a la luz del día, el vendedor de conservas de dulce guayaba, que en aquel entonces ya estaba viejo, todavía sigue vivo en Alejandría. Eso escuché, que vendía cacahuates frente al parque de diversiones. Tengo que verlo. Él me contaba el cuento del baile del gallo. Era él quien lo creaba mientras lo contaba, él quien le hacía la escenografía y la música. Yo lo escuché de él. Le pregunté a mi mamá y a mi papá por el cuento. Las respuestas fueron justificaciones hasta que sobrevino el silencio y la negación y la reprobación por exagerar el cuento en mi inflamada mente.

El autor siente vergüenza del cuento, el cuento del gallo, pero yo lo escribiré, lo escribiré como nadie sabrá escribirlo. Es el cuento que no escribí y no escribiré porque no se lo merecen. Si lo escribo será para cambiar la imagen de la Literatura Árabe contemporánea.

¿Quiénes son Faulkner, Proust o Dostoievski, y qué pretende Naguib Mahfuz? ¿Qué saben de la locura y de la necesidad del sueño de la riqueza y del tesoro? ¿Qué saben ellos de las leyendas del campo y de la montaña, de sus noches y de sus hombres y de las ciudades agachadas desde hace miles de años, qué sucede en su interior, qué sucede entre los hombres y las mujeres y entre los niños y los muros y de los burros de Zaher El Ahmar, los búfalos negros con cola? No lo escribiré aunque pongan el sol a mi derecha. Por qué no para de seguirme incluso hasta en esta desierta e íntima cafetería.

Tienes los ojos fijos en mí y no me ves; ella sin embargo dejó sobre mí las huellas de sus ojos. Entraron algunos clientes para beber té con leche. Comieron pasteles frescos y se dispusieron a fumar. Detesto la alhova con tanta azúcar. El humo invadía el ambiente. Pagué la cuenta y salí pensando en mi segunda patria, pienso en la universidad del aburrimiento y en la Ciudad de la Decadencia... en mi segunda patria donde como pan, me alimento, y en el bonito destierro que elegí, con mucho dinero, con sus edificios de cristal y el olor a arena y a petróleo, los endurecidos y sudorosos hombres con su túnica limpia y blanca. Son mis amigos, mis hermanos, pero no los extraño como no extraño el lugar y sólo siento añoranza por Kafer Esh-shauk, mi ciudad imposible, la cual se ha perdido. Tengo miedo de pensar en este lugar donde vivo. Allá todas las cosas parecen irreales, provisionales: mi casa vacía o llena, la universidad a mediodía o en la noche, las amplias y limpias calles vacías.

La organizada, amplia y limpia ciudad, miles de reales y dinares... y dólares. Un país que es mi segunda patria, como siempre digo en mis conferencias. Pero, por otro lado, no es un país, no sé si ellos tenían canciones diferentes a las que se escuchan en el cassette. Ellos tenían algunas canciones, por necesidad. Un país las aprendió, pero las arenas, el dinero y el petróleo las borraron. Recorrieron allende su país largos caminos, puentes e inútiles ilusiones. Habrá allá discípulos pobres, campesinos con la cabeza cubierta y trabajadores exaltados y violentos y una virgen en el jardín, el sol en la cabeza escondido por las palmeras y mártires, iglesias y la patria llora.

Si la señora Dra. Sana Farag hubiera persistido un poco conmigo y hubiera soportado lo que ella llamaba la prisión en que yo la había puesto, mi temible cárcel nazi, allá el ambiente era dulce "sí, agradable, mi hermano", gracias a Dios yo también fui agradable contigo, ¡oh cobarde! Una mujer no sirve para nada, ni para esto ni para lo otro. Gracias a Dios terminé con este tormento. Contigo me comporté como un débil, gris y temeroso. Una persona como tú nunca entendió la vida que pudimos llevar, ¡oh loca! Dos vidas... pero qué sabes de la vida, de las tristezas en el Egipto de hoy. Oh hija de los clubes y los afeites, las fotos pegadas en el álbum. Tomaste lo que te satis-

facia, bonitas blusas estampadas y cremas, las fantasías te dejaron furiosa con la baba en la boca y lágrimas en los ojos. Ahora rezas a un sueño infiel permanente. Ya se me acabó la paciencia. Hermano, dame el divorcio.

Antes de que liberaran a los caballos locos, las onzas, los tigres y los autobuses, no crees que sigan vacíos. Intenté escapar de todo lo que había detrás de la gran celosía de la pensión que deja pasar la luz de mis mañanas en el ruidoso Cairo. No dormí, mantuve los ojos abiertos a pesar del agotamiento; ahora están inflamados ligeramente. Me acostaré hasta que llamen a la puerta, alrededor del mediodía, cuando vienen a hacer la limpieza, quizá la rechace y pida que traigan un desayuno fuerte. Los abandoné a todos y huí de todos ustedes, ahora me he convertido en un solitario, una vez más solitario porque así lo decidí para siempre.

Solo atravesé el infernal desierto. Lo crucé solo. Abandoné a mi familia, mi muerte, mi lucha, mi desproporcionada epilepsia; salí a la solitaria tierra desprotegida. En mis sueños y en mi conciencia solamente está mi familia, cadáveres, parientes destruidos; soy a la vez un asesino y su víctima, vuestro mártir y el criminal. Ustedes son mi arrepentimiento y mis fantasías. En la boca llevo su sangre y el sabor de su hambre en mi pan.

No temas nada que todos los días se parecen, como los días de las vacaciones bonitas; tres meses similares a cualesquier otros tres meses de un año, de una vida, mucha desvergüenza. A esto le llamamos vacaciones. Las llamadas telefónicas, citas en una cafetería, en bancos, y cambia tu trabajo y las oficinas, cambia verduleros, fontaneros, boleteros, agentes de bienes raíces, cuadros, maestros que como cotorras intentaban hablar bonito. Hablará el inteligente y tenga los dedos levantados a la altura de la cara. "Todo se acabó, aquí no hay nadie, ni palabras, se acabó. Vela por ti mismo tu sustento en otro lugar... crees que lo lograrás... ja, ja", y sin embargo ellos lloraron en otro tiempo... lloran por una u otra cosa, después de algunas botellas de cerveza, y copas... cigarros de *hashish*, lloran como si la que llorara fuera mi querida esposa. La asfixia volvió a mí, me oprimió el pecho, quisiera participar en un crimen o encontrarme refundido en el infierno.

Si algo bonito hay en la pensión es esta gran celosía que filtra la luz del día. Gracias a Dios que no se ha descompuesto, deja pasar mucha luz a la habitación conforme se abre y cierra el día. Es la luz de mis sueños y de mis días que se han ido y no volverán.

Allá en algún lugar de la maleta negra hay una bolsa de plástico que tiene el dibujo de un galeón y humo, también están esparcidas unas hojas horribles que yo había escondido y ahora busco, son mi testamento, mi voz, mis crímenes públicos, acaso no tiene el dinero, los cheques, los documentos, los recibos y la calculadora. Todos los datos están aquí en esta maleta a la vez grande, pequeña y ancha, cara. Dónde la compré, no me acuerdo, pero yo la trato con respeto, la miro con amor y con cuidado. Yo soy alguien. Ella es otra cosa.

No hay ninguna novedad. Una vez que pase la sombra del sol de los muros, tu corazón otra vez se angustiara Um Esaam en Alejandría ella es mi mar, mi libertad. Nadie preguntará por mí y nadie me llamará. Así son ellos, temerosos al principio; Sana'a, Tamar y Lamy'a'i están con su tío en Marsa Matruh durante quince días o un mes por lo menos, hasta que se terminen las vacaciones. Eso dijo una voz por teléfono los días que me pasé con Um Essam: "nadie sentirá tu presencia ni tu ausencia".

Um Esaam a la luz tiene las carnes blancas, ilumina mis mañanas y mis noches vacías. Ella y mi médico son lo más importante que me queda aquí. Después de una hora se reinicia la marcha, el abandono, el opio, el balcón, video, todo, incluso Um Jalul, la pimienta de Alejandría... El fuego rojo alumbraba y se escucha a Um Kulzum, el tiempo no importa. A ella le gusta pasar los días ociosos conmigo. Admira mi consumido orgullo y yo admiro su necesidad de atención que no se satisface, su boca, su trasero, sus pechos desbordantes como si ella me amamantara, una tontería. Inventamos todos los nombres: su cuerpo, el mío, mi esposa, su esposo, para no preocuparnos por nada ni por nadie. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para evitar recordar a los hijos o conversar sobre ellos o sobre el dinero.

No viene sola la puesta de sol y nadie sabrá de mí por un tiempo. Um Esaam resolverá la crisis de mi existencia, no me

costará mucho su estoicismo. Ella igual se contenta con el hígado a la alejandrina, el pescado y los viejos filmes de Abdul Halim Hafiz, los vasos de brandy, las bocanadas de *hashish*; encendió el carbón y me encendió con su boca, con pedacitos de opio me limpió el cristal de los lentes y se aclaró el alba de Alejandría, su mar, como si una luz extinguiera todos mis días oscuros, duermo con ella para despertar y encontrarla poniendo la mesa de nuevo.

Recogeré la abaya, las chanclas, mis pertenencias, dos o tres billetes para los gastos del viaje; en el camino pensaré en algo que llevarle, algo con aroma del país en el cual yo estuve, algo rojo, brillante, que sea caro. Le diré que la recordé y ella jurará haberme recordado y se acabarán los preámbulos, le pagaré, acariciándole su abundante y suave cabello teñido. En resumen, en la pensión dejo dicho a todo el que pregunte por mí que me fui y que nadie sabe cuándo regresaré. ❖